

Le conté que mientras yo iba a kárate a dejar de andar como ese chino que nunca fui, él se había llevado a su casa a la Susana, a ver el demonio de Tasmania. Y eso que el Orejones sabe que a la Susana me la pedí yo el primer día de curso, porque el año pasado me pasó que los demás se pusieron a pedir como posesos antes que yo, me quedé el último y sólo quedó libre Jessica, *la Gorda*. Así que fuimos dos días novios. El primer día, por empezar un tema de conversación interesante, le pregunté:

—¿Y tú por qué eres tan gorda?

—Porque de mayor quiero ser cantante de ópera —me respondió.

Al día siguiente la tía me la tenía guardada. La tía gorda rencorosa me dijo:

—¿Y tú por qué llevas gafas, Gafotas?

—Para que me las rompa Yihad, que es un chulito y es mi amigo.

Y ya no nos dijimos nada más. Este año Jessica, *la Gorda*, ya no está gorda y se la ha pedido uno que dice que es más guapo que yo. Dice que es más guapo porque no lleva gafas, pero mi abuelo me ha dicho que al cabo de los años las chicas los prefieren con gafas porque suelen tener más dinero. Así que el guapo ese se va a enterar dentro de cincuenta y cinco años.

Bueno, como te he dicho hace una hora, la Susana Bragas-sucias se había ido con el Orejones a ver el demonio de Tasmania. Yo le conté a mi abuelo que la Susana no respetaba nada, que aunque uno se la hubiera pedido se iba con cualquiera que le diera cualquier cosa. Así que al final ella tenía cuarenta mil novios y yo sólo una y de boquilla. Entonces mi abuelo me dijo que no bastaba con pedirse a una chica, que había que declararse, llevársela al parque del

Ahorcado y allí decirle: «Me gustas por la mañana, por la tarde y por la noche.» Y eso un día, y otro día, y otro día, toda la eternidad, aquí en la tierra y en el espacio sideral. Mi abuelo dice que todas las personas del mundo mundial han dicho eso en algún momento de su vida. Yo no estaba muy convencido de que tenía que declararme, pero mi madre siempre me dice: «Tú no te distingas, no te distingas, que siempre tienes que dar la nota.»

Así que al día siguiente le dije a la Susana que quería verla después del colegio en el parque del Ahorcado para decirle una cosa bastante importante. La Susana me dijo que a esa hora empezaba el demonio de Tasmania y que ella el demonio de Tasmania no se lo perdía por nada del mundo y que le dijera esa cosa tan importante allí en su cara porque ella no iba al parque del Ahorcado porque un día se encontró una jeringuilla en la tierra y se la llevó a su madre de recuerdo y encima su madre se puso como una hiedra (que se subía por las paredes) gritándola: «Mañana no sales, ni mañana ni nunca.» Así que ella, a partir de ese momento, sólo iba de casa en casa a merendar y a ver el demonio de Tasmania porque en las casas de la gente no había jeringuillas tiradas, a no ser que el padre del niño fuera practicante.

La invité a mi casa. Mejor para mí, porque mi casa tiene calefacción y el parque del Ahorcado, no. Mi madre nos puso unos cojines en el suelo para que no le ensuciáramos el sofá, que lo puso nuevo hace cinco años. Es que el día anterior le había dicho yo a mi madre:

—Mañana viene a merendar la Susana Bragas-sucias.

Mi madre me echó la bronca porque dice que eso es lo peor que se le puede decir a una chica y que lo